



**Asamblea General
Consejo de Seguridad**

Distr.
GENERAL

A/41/714
S/18403

16 octubre 1986
ESPAÑOL
ORIGINAL: RUSO

ASAMBLEA GENERAL
Cuadragésimo primer período de sesiones
Temas 21, 47, 54, 55, 60, 62, 68, 126
y 141 del programa
AÑO INTERNACIONAL DE LA PAZ
CESACION DE TODAS LAS EXPLOSIONES
DE ENSAYOS NUCLEARES
PREVENCION DE UNA CARRERA DE ARMAMENTOS
EN EL ESPACIO ULTRATERRESTRE
APLICACION DE LA RESOLUCION 40/88 DE LA
ASAMBLEA GENERAL SOBRE LA CESACION
INMEDIATA Y LA PROHIBICION DE LOS
ENSAYOS DE ARMAS NUCLEARES
DESARME GENERAL Y COMPLETO
EXAMEN DE LA APLICACION DE LAS
RECOMENDACIONES Y DECISIONES APROBADAS
POR LA ASAMBLEA GENERAL EN SU DECIMO
PERIODO EXTRAORDINARIO DE SESIONES
EXAMEN DE LA APLICACION DE LA DECLARACION
SOBRE EL FORTALECIMIENTO DE LA SEGURIDAD
INTERNACIONAL
INFORME DEL COMITE ESPECIAL PARA MEJORAR
LA EFICACIA DEL PRINCIPIO DE LA NO
UTILIZACION DE LA FUERZA EN LAS
RELACIONES INTERNACIONALES
CREACION DE UN SISTEMA GENERAL DE PAZ Y
SEGURIDAD INTERNACIONALES

CONSEJO DE SEGURIDAD
Cuadragésimo primer año

Carta de fecha 15 de octubre de 1986 dirigida al Secretario General por el Jefe Adjunto de la Delegación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas al cuadragésimo primer período de sesiones

Por la presente tengo el honor de transmitirle el texto de una declaración del Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética M. S. Gorbachev por la televisión soviética.

Ruego a usted tenga a bien hacer distribuir dicho texto como documento oficial de la Asamblea General, en relación con los temas 21, 47, 54, 55, 60, 62, 68, 126 y 141 del programa, y del Consejo de Seguridad.

(Firmado) V. PETROVSKI

Jefe Adjunto de la delegación de la URSS al
cuadragésimo primer período de sesiones de
la Asamblea General de las Naciones Unidas

Anexo

**DECLARACION DEL SECRETARIO GENERAL DEL COMITE CENTRAL
DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA UNION SOVIETICA POR LA
TELEVISION SOVIETICA**

Como ustedes saben, anteayer domingo concluyó mi reunión con el Presidente de los Estados Unidos R. Reagan en Islandia. En relación con sus resultados se celebró una conferencia de prensa que se transmitió por la televisión. Se han publicado el texto de mi declaración y mis respuestas a los periodistas.

Al regresar a la patria, considero mi deber relatar cómo se desarrolló la reunión y cómo evaluamos lo ocurrido en Reykjavik.

En una sesión del Politburó del Comité Central del PCUS acaban de examinarse los resultados de la reunión en la capital de Islandia. Mañana se publicará un informe sobre cuál es el juicio que le merece a los dirigentes de nuestro partido este importante acontecimiento político cuyas consecuencias, según nuestra convicción, se harán sentir por mucho tiempo en las relaciones internacionales.

Antes de Reykjavik mucho se habló y se escribió sobre la futura reunión. Como suele ocurrir en semejantes casos, hubo multitud de suposiciones y juicios. Esto es natural. Tampoco este caso se dejó pasar sin especulaciones.

Ahora que ha concluido la reunión, sus resultados ocupan el centro de la atención de la opinión pública mundial. Todos están interesados en lo que ocurrió, cuáles fueron los resultados y cómo quedará el mundo tras la reunión.

Nos empeñamos en que en la reunión de Reykjavik se hiciera hincapié en las principales cuestiones de la política mundial, la cesación de la carrera de armamentos y el desarme nuclear. Así ocurrió en suma.

¿Cuáles son los motivos de nuestra insistencia en este asunto? Se suele escuchar en el extranjero que la razón estriba en nuestras dificultades internas. En los cálculos de Occidente se cuenta con la tesis de que la Unión Soviética en último término no podrá sostener económicamente la carrera de armamentos, se debilitará y se doblegará ante Occidente. Sólo hace falta empeñarse aún más e intensificar la posición de fuerza. Dicho sea de paso, esto se evocó en una declaración del Presidente de los Estados Unidos ya después de nuestra reunión.

Más de una vez me ha tocado decir que semejantes planes no sólo están contruidos sobre arena, sino que son peligrosos, ya que pueden redundar en decisiones políticas funestas. Conocemos nuestros problemas mejor que nadie. Es verdad que los tenemos, los debatimos francamente y los resolvemos. Tenemos por este motivo nuestros propios planes, nuestros enfoques y la voluntad común del Partido y del pueblo. En general, debo decir que hoy en día la fuerza de la Unión Soviética estriba en su cohesión, la actividad política de su pueblo y su dinamismo. Pienso que esta tendencia y, por ende, también la fuerza de nuestra sociedad se acrecentarán.

Siempre sabremos defendernos por nosotros mismos. La Unión Soviética tiene con qué responder a cualquier desafío, si ello es preciso. Esto lo sabe el pueblo soviético y debe saberlo todo el mundo. Sin embargo, no queremos entregarnos a juegos de fuerza. Esta es una ocupación extremadamente peligrosa en la era balístico-nuclear.

Estamos firmemente convencidos de que el prolongado estado febril de las relaciones internacionales encierra en sí la amenaza de una crisis súbita y desastrosa. Hacen falta medidas prácticas para alejarse del abismo nuclear. Hacen falta esfuerzos soviético-estadounidenses en común y esfuerzos de toda la comunidad internacional para sanear radicalmente las relaciones internacionales.

En favor de estos objetivos, en la víspera del encuentro, incluso antes de contar con el acuerdo del Presidente Reagan para la reunión, nosotros, los dirigentes soviéticos, llevamos a cabo una vasta labor preparatoria. En ésta participaron, junto al Politburó y el Secretariado del Comité Central, los Ministerios de Relaciones Exteriores y Defensa, otros departamentos, representantes de las ciencias, expertos militares y especialistas en distintos sectores de la industria. La posición que elaboramos para la reunión de Reykjavik fue resultado de un amplio y reiterado examen con nuestros amigos, los dirigentes de los países de la comunidad socialista. Nos empeñamos en colmar la reunión con un contenido de principios y con propuestas de largo alcance.

Pasemos ahora a la reunión propiamente tal, de cómo se desarrollaron los acontecimientos. Hablar de esto no sólo es necesario para reafirmar la verdad que ya están tergiversando nuestros interlocutores en las conversaciones de Reykjavik, sino principalmente para comunicar a ustedes lo que hemos decidido hacer a continuación.

La primera conversación con el Presidente R. Reagan comenzó el sábado a las 10.30 horas. Tras los saludos de rigor en estos casos, y luego de un breve encuentro con los corresponsales de prensa, quedamos los dos a solas con los intérpretes. Se intercambiaron opiniones sobre la situación general y sobre qué forma tomaba el diálogo entre nuestros países y se esbozaron las cuestiones que estábamos a punto de examinar.

Enseguida le pedí al Presidente que escuchase nuestras propuestas concretas sobre las cuestiones principales por las cuales habíamos concurrido a dicha reunión. Ya he hablado con bastante detalle de dichas cuestiones en la conferencia de prensa, pero aún así las recordaré brevemente.

En la mesa de negociaciones se puso todo un conjunto de medidas importantes que, de adoptarse, abrirían una nueva era en la vida de la humanidad, una era desnuclearizada. En esto estribaba la esencia de una transición radical en la situación mundial, cuya posibilidad era evidente y real. Ya no se trataba de la limitación de los armamentos nucleares, como había ocurrido en los tratados SALT-I, SALT-II y otros, sino de la eliminación de las armas nucleares en plazos comparativamente breves.

La primera propuesta atañía a las armas estratégicas ofensivas. Afirmé nuestra disposición a reducir las en un 50% en los primeros cinco años, estando sujetas a una reducción a la mitad las armas estratégicas en la tierra, en el mar y

en el aire. Para facilitar un acuerdo, convinimos en una importante concesión, que se revocaran nuestras exigencias anteriores de incluir en la ecuación estratégica los cohetes estadounidenses de mediano alcance que llegaran a nuestro territorio y los sistemas estadounidenses de vanguardia. Estábamos también dispuestos a tener en cuenta la inquietud de los Estados Unidos a causa de nuestros cohetes pesados. Examinamos la propuesta sobre las armas estratégicas en el contexto de su total eliminación, como lo habíamos propuesto el 15 de enero del presente año.

Nuestra segunda propuesta se refería a los misiles de mediano alcance. Propuse al Presidente eliminar por completo los misiles soviéticos y estadounidenses de esta clase en Europa. A este respecto también hicimos una importante concesión, declarando, a diferencia de nuestra posición anterior, que no se debían tener en cuenta las armas balístico-nucleares del Reino Unido y Francia. Nos basamos en la necesidad de despejar el camino hacia la distensión en Europa, de liberar a los pueblos europeos del temor ante una catástrofe nuclear y luego de avanzar hacia la eliminación de todas las armas nucleares. Ustedes convendrán que esto también fue un paso osado de nuestra parte.

Sabiendo de antemano cuáles podrían ser las objeciones, declaramos que estábamos acordes en congelar los misiles de alcance inferior a 1.000 kilómetros y en proceder de inmediato a negociaciones sobre su destino futuro. En lo que tocaba a los misiles de mediano alcance en la parte asiática de nuestro país, una cuestión que constantemente había salido a colación en la "variante global" del Presidente Reagan, también propusimos proceder de inmediato a negociaciones sobre esta cuestión. Como ven, también en este caso nuestras propuestas revestían un carácter importante y serio y daban la posibilidad de resolver asimismo este problema en forma radical.

La tercera cuestión que planteé al Presidente durante nuestra primera conversación y que formaba parte integral del conjunto de nuestras propuestas se refería a los tratados vigentes sobre los misiles antibalísticos y sobre la prohibición de los ensayos de armas nucleares. Nuestro enfoque fue el siguiente: si entrábamos a una situación totalmente nueva, en que comenzaría una reducción sustancial de las armas nucleares y su eliminación en plazos perceptiblemente breves, era necesario asegurarse contra cualquier suceso inesperado. Se trataba de las armas que hasta la fecha integraban la médula de la defensa de nuestro país.

Por ello hay que excluir todo aquello que pudiera socavar la igualdad durante el desarme y excluir cualquier posibilidad de que se creen armas de nuevo tipo que garantizaran la seguridad militar. Consideramos esta posición perfectamente legítima y lógica.

Y puesto que eso es así, declaramos firmemente la necesidad de observar rigurosamente el Tratado de 1972 sobre la limitación de los misiles antibalísticos, de vigencia indefinida. Además, a fin de consolidar el régimen de este Tratado, propusimos al Presidente que tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética asumieran el compromiso recíproco de no valerse del derecho de retirarse del Tratado por lo menos durante 10 años, eliminando en el intertanto las armas estratégicas.

Habida cuenta de las especiales dificultades que el propio Gobierno de los Estados Unidos se creó en relación con este problema, cuando el Presidente se comprometió personalmente con las armas espaciales, con la denominada SDI, no exigimos que cesaran los trabajos en esta esfera. Sin embargo, ello era en la inteligencia de que se observarían cabalmente todas las disposiciones del Tratado sobre la limitación de los misiles antibalísticos, es decir, que los estudios y los ensayos en esta esfera no saldrían de los límites de los laboratorios. Esta restricción se aplicaba por igual a los Estados Unidos y a la Unión Soviética.

Al escucharnos, el Presidente hizo ciertas observaciones y pidió que se explicasen ciertas cuestiones más en detalle. Durante las conversaciones planteamos resuelta y definitivamente la cuestión de la verificación, vinculándola con la situación posnuclear, situación que exigía una especial responsabilidad. Dije al Presidente que si ambos países emprendían la vía del desarme nuclear, la Unión Soviética haría más firme su posición sobre la verificación. Esta debía ser real, omnimoda y convincente. Debía crear plena confianza en la observancia fidedigna de los acuerdos y comprender el derecho de inspección in situ.

Debo decirles, camaradas, que la primera reacción del Presidente no fue totalmente negativa. Incluso dijo: "Lo que acaba de exponer nos tranquiliza". Sin embargo, no nos pasó inadvertido el hecho de que nuestros interlocutores (a la sazón ya se habían unido a la conversación el camarada Shevardnadze y G. Shultz) estaban un tanto perplejos. Además, en sus observaciones deshilvanadas de inmediato surgieron dudas y objeciones. El Presidente y el Secretario de Estado comenzaron a hablar de inmediato de divergencias y discrepancias. En esas palabras percibimos claramente los refranes trillados que ya habíamos escuchado en el transcurso de varios meses en las negociaciones de Ginebra; se nos recordaba de todo género de subniveles en relación con las armas nucleares y estratégicas, de la "variante provisional" en relación con los misiles en Europa, de que nosotros, la Unión Soviética, debíamos unirnos a la SDI y sustituir el Tratado sobre la limitación de los misiles antibalísticos vigente por otro nuevo, y muchas otras cosas que dijeron por este mismo tenor.

Expresé sorpresa. ¿Cómo es esto? Proponemos aceptar la variante "cero" estadounidense en Europa y sentarnos a la mesa de negociaciones en relación con los misiles de mediano alcance en Asia, mientras que usted, Sr. Presidente, se desiste de su posición anterior. Esto es incomprensible.

En lo que respecta a los misiles antibalísticos, proponemos mantener y consolidar este fundamental e importante acuerdo, y usted quiere retirarse de él e incluso propone sustituirlo por algún nuevo tratado, luego de retirarse del Tratado SALT-II, y destruir también este mecanismo que preserva la estabilidad estratégica. Esto también es incomprensible.

Dije que también nos habíamos percatado de los planes sobre la SDI. Si los Estados Unidos crean un sistema de misiles antibalísticos de tres niveles en el espacio ultraterrestre, responderemos. Sin embargo, nos preocupa otra cosa: la SDI significaría el traslado de armas a una nueva esfera, lo que desestabilizaría la situación estratégica, que quedaría aún peor que hoy. Si este es el objetivo de los Estados Unidos, hay que decirlo en tantas palabras. Pero si usted realmente quiere contar con una seguridad duradera para su pueblo y para todo el mundo, entonces la posición estadounidense es absolutamente insostenible.

Dije francamente al Presidente: hemos presentado nuevas e importantes propuestas y escuchamos ahora de usted lo que tiene saciado a todo el mundo y que no puede llegar a ninguna parte. Le ruego, Sr. Presidente, examinar una vez más atentamente nuestras propuestas y respondernos punto por punto. En este momento le entregué una traducción al inglés de un proyecto de posibles directrices preparadas ya en Moscú, las cuales, si se lograba un acuerdo en principio, podríamos entregar a los Ministros de Relaciones Exteriores y a otros departamentos para preparar tres proyectos de acuerdos. Posteriormente podrían firmarse durante mi visita a los Estados Unidos.

Volvimos a reunirnos en la tarde del mismo día. El Presidente anunció la posición que se había adoptado durante la pausa. Ya desde las primeras frases quedó en claro que de nuevo se nos ofrecía, como lo expresé en la conferencia de prensa, los mismos trastos viejos y trashedados que nos tenían sofocados en las conversaciones de Ginebra: toda clase de variantes intermedias, cifras, niveles, subniveles, etc. Ni un solo concepto nuevo, ni un solo enfoque original, ni una sola idea que contuviera en sí aunque fuera una insinuación de algún desenlace favorable y algún progreso.

Estaba quedando en claro, camaradas, que los estadounidenses habían ido a Reykjavik sin tener nada que ofrecer. La impresión era que habían ido a esa ciudad solamente para recoger frutos en su canasta con las manos vacías.

La situación se volvía dramática.

El Presidente de los Estados Unidos no estaba dispuesto a resolver con altura de miras las cuestiones de principio ni a transar a fin de dar un impulso real a negociaciones fructíferas y alentadoras. Precisamente a ello exhorté al Presidente en mi carta en la cual había propuesto la idea de celebrar una reunión urgente y sin dilación, a fin de impartir un vigoroso impulso a nivel de los dirigentes máximos de ambos países, un impulso a las negociaciones sobre desarme nuclear.

Convencidos de que nuestras propuestas eran bien sopesadas y tenían en cuenta los intereses del interlocutor, decidimos no cejar en nuestros esfuerzos por lograr un giro favorable en la reunión. Tras varias preguntas aclaratorias surgió un rayo de luz en relación con las armas estratégicas. Aferrándonos a esto, dimos otro paso importante en la búsqueda de una transacción. Dije al Presidente: ustedes y nosotros tenemos una triada reconocida de armas estratégicas ofensivas. Se trata de los misiles con base en tierra, de los submarinos estratégicos y de los bombarderos estratégicos. Pues bien, reduzcamos cada parte de esta triada en un 50%. Con ello se esfuma la necesidad de todo tipo de niveles y subniveles y de todo tipo de cálculos.

Luego de prolongados debates conseguimos llegar a un acuerdo recíproco sobre esta cuestión.

Luego el debate se extendió sobre el problema de los misiles de mediano alcance. Los estadounidenses defendían obstinadamente la denominada variante intermedia, la que preveía el mantenimiento de una parte de sus misiles en Europa, incluidos los "Pershing-2" y, naturalmente, el mantenimiento de nuestros respectivos SS-20. Esto lo rechazamos categóricamente. Ya he explicado las

razones. Europa merece que se la libere de las armas nucleares y que deje de ser rehén nuclear. Por su parte, mal podía el Presidente combatir su propia "variante cero" que había proclamado por tanto tiempo. Aun así, percibimos la intención de los estadounidenses de frustrar un acuerdo so pretexto de una especial inquietud por sus aliados en Asia.

La parte estadounidense dijo bastantes cosas insostenibles. Simplemente es vergonzoso traer todo esto a colación. Las conversaciones se volvieron armoniosas sólo cuando en esta cuestión también hicimos una nueva transacción y convinimos en la fórmula: cero misiles en Europa, 100 ojivas en nuestros misiles de mediano alcance en el Oriente y una cifra correspondiente de ojivas estadounidenses en el territorio de los Estados Unidos. Lo principal es que se consiguió un acuerdo sobre la liberación del continente europeo de los misiles nucleares.

Así pues, también se logró un acuerdo sobre la cuestión de los misiles de mediano alcance. Pudimos conseguir un importante avance en esta esfera del desarme nuclear. El Gobierno de los Estados Unidos no pudo sustraerse a nuestra insistente aspiración de conseguir resultados positivos.

Sin embargo, aún quedaba la cuestión de los misiles antibalísticos y de la prohibición de las explosiones nucleares.

Antes de que nos reuniéramos al día siguiente, el domingo, en el tercer día de las conversaciones, que, de acuerdo con el programa, debía ser el día de clausura, trabajaron toda la noche dos grupos de expertos nuestros y de la parte estadounidense. Analizaron concienzudamente lo que se había hablado en las dos reuniones anteriores con el Presidente y dieron cuenta respectiva de los resultados de sus debates nocturnos al Presidente y a mí.

Este es el resultado: en cuanto a las armas estratégicas ofensivas y a los misiles de alcance medio, se presentaba la posibilidad de proceder a la elaboración de un acuerdo.

En esta situación, el Tratado sobre la limitación de los misiles antibalísticos adquirió una importancia clave. Su papel se tornó aún más importante. ¿Acaso se puede destruir, dije yo, lo que hasta el momento ha permitido refrenar de algún modo la carrera de armamentos? Si ahora vamos a reducir las armas estratégicas y las armas de mediano alcance, ambas partes deben asegurarse de que nadie creará en el intertanto nuevos medios que socaven la estabilidad y la paridad. Por esto se me imagina perfectamente lógico definir un plazo - los estadounidenses hablaban de siete años, nosotros propusimos 10 años, los mismos 10 años en el transcurso de los cuales se deberían destruir las armas nucleares. Propusimos 10 años, durante los cuales ni la parte soviética ni la estadounidense harían uso del derecho - derecho que en efecto existe - de retirarse del Tratado sobre la limitación de los misiles antibalísticos. Mientras tanto, las investigaciones y los ensayos se realizarían solamente en laboratorios.

Así pues, pienso que ustedes han comprendido por qué precisamente 10 años. Esta no es una cifra al azar. La lógica es simple y honrada. En los primeros cinco años tendría lugar una reducción del primer 50% de las armas estratégicas, y en los cinco años siguientes, de la segunda mitad. De aquí los 10 años.

A ese respecto, propuse encargar a nuestros representantes de alto nivel que iniciaran conversaciones detalladas sobre la cesación de las explosiones nucleares con objeto de elaborar finalmente un acuerdo sobre su prohibición total y definitiva. Durante la preparación de tal acuerdo - también sobre este particular dimos pruebas de flexibilidad y asumimos una posición constructiva - se podrían resolver al mismo tiempo cuestiones concretas relacionadas con las explosiones nucleares.

Como respuesta oímos nuevamente el razonamiento del Presidente Reagan, que ya conocíamos desde Ginebra y por sus declaraciones públicas: que la SDI era un sistema defensivo; que si eliminábamos las armas nucleares ¿cómo podríamos defendernos de cualquier loco que se apoderase de ellas?; que estaba dispuesto a compartir con nosotros los resultados de los trabajos relativos a la SDI. Respondiendo a esta última observación, dije: "Sr. Presidente, no tomo en serio su idea de compartir con nosotros los resultados de los trabajos sobre la SDI. Actualmente ustedes no desean compartir con nosotros ni siquiera los equipos petroleros o los equipos para lecherías y, sin embargo, esperan que creamos en la promesa de compartir los resultados del desarrollo de la SDI". Sería, a su manera una "segunda revolución americana", y las revoluciones no se producen tan a menudo. Dije al Presidente Reagan: "seamos realistas y pragmáticos. Es más seguro. Estamos hablando de cosas demasiado serias".

A propósito, ayer, tratando de justificar su posición sobre la SDI, el Presidente declaró que ese programa era necesario para que los Estados Unidos y sus aliados fueran invulnerables a un ataque de misiles soviéticos. Como ven, ahí ya no habló de dementes. Se sacó nuevamente a relucir la "amenaza soviética".

Sin embargo, esto no es más que un truco. En verdad, nosotros propusimos eliminar, bajo verificación estricta, no sólo las armas estratégicas sino también todas las armas nucleares de que disponían los Estados Unidos y la Unión Soviética.

¿De dónde, pues, surge la necesidad de proteger "la libertad de los Estados Unidos" y sus amigos de los misiles nucleares soviéticos, puesto que ya no habrá tales misiles?

Si se acaban las armas nucleares ¿para qué hace falta defenderse de ellas? Por ende, que todos esos castillos en el aire de "guerra de las galaxias" son de índole exclusivamente militar y están destinados a lograr la superioridad militar sobre la Unión Soviética.

No obstante, volvamos a las conversaciones. Aunque se logró un acuerdo sobre las armas estratégicas y los misiles de mediano alcance, era prematuro considerar que toda esa cuestión se había resuelto definitivamente como resultado de las dos primeras rondas de conversaciones. Teníamos por delante un día entero. Casi ocho horas de debates ininterrumpidos y tensos en los cuales una y otra vez tuvimos que volver a hablar de esas cuestiones sobre las que, según parecía, se había llegado a un acuerdo.

En esos debates el Presidente trató de abordar también problemas ideológicos, demostrando, para decirlo suavemente, una total falta de información y de comprensión de lo que es el mundo socialista y de lo que en él sucede. Rechacé los

intentos de relacionar las diferencias ideológicas con las cuestiones sobre la cesación de la carrera de armamentos. Persistentemente hice volver al Presidente y al Secretario de Estado al tema por el cual nos habíamos reunido en Reykjavik. Una y otra vez me tocó recordar a nuestros interlocutores el tercer punto del conjunto de nuestras propuestas, sin el cual era imposible lograr un acuerdo sobre el todo. Me refiero a la necesidad de observar estrictamente el Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos, consolidar el régimen de ese Tratado esencial y prohibir los ensayos nucleares.

Tuvimos que señalar a la atención repetidas veces lo que parecían ser cuestiones perfectamente claras. Puesto que hemos acordado reducir considerablemente las armas nucleares, deberíamos crear una situación en la que fuera imposible, no sólo en los hechos sino también con el pensamiento, intentar hacer vacilar la estabilidad estratégica y eludir los acuerdos. Por ello debemos tener la seguridad en que se mantenga indefinidamente en vigor el Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos. "Usted, Sr. Presidente," - dije - "tiene que convenir en que, puesto que comenzamos a reducir las armas nucleares, debe haber una confianza total en que los Estados Unidos no harán nada a espaldas de la Unión Soviética, y que la Unión Soviética tampoco hará a espaldas de los Estados Unidos nada que pueda poner en peligro su seguridad, que desvalore el acuerdo o cree dificultades".

De ahí que la tarea clave es consolidar el régimen del Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos. No salir al espacio ultraterrestre con los resultados de los estudios sobre ese programa, sino quedarse en los límites de los laboratorios. Los 10 años que transcurran sin valerse del derecho a retirarse del Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos son necesarios para crear la confianza en que, una vez resuelto el problema de la reducción de armamentos, garanticemos la seguridad para ambas partes y, también, la seguridad en todo el mundo.

Sin embargo, los estadounidenses tenían claramente otras intenciones. Vimos que los Estados Unidos de hecho deseaban debilitar el Tratado sobre la limitación de los sistemas de proyectiles antibalísticos y de revisarlo a fin de desarrollar un sistema de misiles antibalísticos en gran escala con base en el espacio para sus propios fines egoístas. Convenir con ello sería sencillamente irresponsable de mi parte.

En cuanto a los ensayos nucleares, también a ese respecto resultó más que evidente la razón por la cual la parte estadounidense no deseaba entablar conversaciones serias sobre ese tema. Preferiría hacerlas interminables, y aplazar por decenios la solución del problema de la prohibición de ensayos nucleares. Una vez más tuvimos que rechazar los intentos de servirse de las conversaciones como encubrimiento para tener las manos libres en la esfera de las explosiones nucleares. Declaré francamente que me estaban surgiendo dudas sobre la honradez de la posición de los Estados Unidos. ¿No había algo en ella que pudiera perjudicar a la Unión Soviética? ¿Cómo se podía lograr un acuerdo sobre la eliminación de las armas nucleares si los Estados Unidos continuaban perfeccionándolas? Con todo, seguíamos teniendo la impresión de que el principal obstáculo era la SDI. De dejarlo a un lado, habría sido posible llegar también a un acuerdo sobre la prohibición de las explosiones nucleares.

En un momento dado de las conversaciones, cuando se hizo perfectamente claro que continuar el debate habría sido una pérdida de tiempo, recordé a la otra parte: "hemos propuesto un determinado conjunto de medidas y les ruego que lo examinen como tal. Si hemos elaborado junto con ustedes una posición común sobre la posibilidad de una importante reducción de las armas nucleares y no hemos logrado un acuerdo sobre la cuestión de los misiles antibalísticos y los ensayos nucleares, entonces todo lo que hemos tratado de crear aquí se desmorona".

El Presidente y el Secretario de Estado reaccionaron mal a nuestra firmeza. Sin embargo, yo no podía plantear la cuestión de otra manera. Se trataba de la seguridad de nuestro país, de la seguridad de todo el mundo, de todos los pueblos y continentes.

Hicimos propuestas importantes, realmente sustanciales y de carácter claramente acomodaticio. Hicimos concesiones. Sin embargo, no observamos en el lado estadounidense el menor deseo de responder en igual medida ni de hacer concesión alguna. Llegamos a un estancamiento. Comenzamos entonces a cavilar cómo concluir el encuentro. Con todo, seguimos empeñados en comprometer a nuestros interlocutores en un diálogo constructivo.

La última sesión prevista no llegó a buen término. En esas circunstancias, en lugar de partir - nosotros de regreso a Moscú y ellos a Washington - se anunció una nueva pausa para que las partes reconsiderasen todo y se reuniesen una vez más después de almorzar. De vuelta en casa del Alcalde de la ciudad tras la pausa, intentamos otra vez concluir con éxito la reunión. Propusimos el texto siguiente como base para llegar a un resultado positivo.

He aquí el texto:

"La URSS y los EE.UU. se comprometerían a no valerse en el plazo de 10 años de su derecho de retirarse del Tratado permanente sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos, y a acatar rigurosamente todas sus disposiciones durante ese lapso. Se prohíbe ensayar cualesquiera elementos espaciales de defensa antibalística en el espacio ultraterrestre, salvo las investigaciones y ensayos que se realicen en laboratorios.

Durante los cinco primeros años de este decenio (hasta 1991 inclusive) se reducirán en un 50% las armas ofensivas estratégicas de las partes.

Durante los cinco años siguientes de este período se reducirá el 50% restante de las armas ofensivas estratégicas remanentes.

De esa manera, a fines de 1996 se habrán eliminado completamente las armas ofensivas estratégicas de la URSS y de los Estados Unidos."

Al hacer observaciones sobre este texto, hice un importante agregado, relativo al documento entregado al Presidente al final de nuestra primera conversación. La idea era que al vencerse el plazo de 10 años, cuando ya no hubieran armas nucleares, propondríamos elaborar mediante negociaciones especiales decisiones aceptables para ambas partes sobre lo que había de hacerse a continuación.

Sin embargo, una vez más, nuestros esfuerzos por llegar a un acuerdo no fructificaron. Durante cuatro horas procuramos nuevamente persuadir a nuestros interlocutores de que nuestro enfoque era bien fundado, que no le representaba ningún peligro, que no perjudicaba los intereses de la seguridad auténtica de los Estados Unidos. No obstante, cada vez se hacía más evidente que los estadounidenses no convendrían en limitar a los laboratorios las investigaciones, el desarrollo y los ensayos de la SDI. Están resueltos a desplegar armas en el espacio ultraterrestre.

Manifesté con firmeza que jamás convendríamos en coadyuvar con nuestras propias manos a debilitar el Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos. Para nosotros se trata de una cuestión de principio, de una cuestión de nuestra seguridad nacional.

Así pues, prácticamente a uno o dos o tres pasos de adoptar decisiones que prometían ser históricas para toda la era nuclear y espacial, ello no pudo ser. No se produjo ningún cambio radical en la historia mundial. Sin embargo, - lo repito convencido de ello - pudo haber sido posible.

No obstante, tenemos la conciencia limpia, y nada se nos puede reprochar. Hicimos todo lo que estuvo dentro de nuestras posibilidades.

El alcance del enfoque de nuestros interlocutores no fue lo suficientemente amplio. No comprendieron la singularidad del momento y, en última instancia, les faltó el valor, el sentido de responsabilidad y la firmeza política tan necesarios en la solución de los problemas mundiales críticos. Se plantaron en sus antiguas posiciones, ya desgastadas por el tiempo, que no respondían a la realidad actual.

Me preguntaban allí en Islandia algunos extranjeros y me preguntan aquí mis camaradas cuáles eran, en mi opinión, las razones fundamentales de esa conducta de la delegación estadounidense en la reunión de Reykjavik. Las razones son varias, tanto subjetivas como objetivas; sin embargo, la principal es que los líderes de ese gran país dependen sobremanera del complejo militar-industrial de los monopolios que hacen un negocio de la carrera de armamentos nucleares y de otra índole, transformándola en fuente de ingresos, en su razón de ser y sentido de sus actividades.

En mi opinión, los estadounidenses cometen dos errores graves en su evaluación de la situación.

El primer error es de carácter táctico. Creen que la Unión Soviética se resignará tarde o temprano a los intentos de revivir la política de imposición estratégica de los Estados Unidos de limitar únicamente las armas soviéticas, de reducir únicamente las armas soviéticas. La Unión Soviética se resignaría porque, según se dice, los acuerdos de desarme le interesan más que a los Estados Unidos. Sin embargo, ello es una gran falacia. Cuanto antes el Gobierno de los Estados Unidos la supere - y lo repito tal vez por centésima vez - tanto mejor será para ellos, para nuestras relaciones y para la situación mundial en general.

El otro error es de carácter estratégico. Los Estados Unidos pretenden agotar económicamente a la Unión Soviética mediante una carrera de los más modernos y costosos armamentos espaciales. Se proponen poner todo tipo de dificultades a los dirigentes soviéticos, frustrar sus planes tanto en la esfera social como en la esfera del mejoramiento de las condiciones de vida de nuestro pueblo, fomentando así entre el pueblo el descontento con sus autoridades, los gobernantes del país. Además, pretenden limitar así las posibilidades de la Unión Soviética en sus vínculos económicos con los países en desarrollo que, en tales circunstancias, se verían obligados a doblegarse ante los Estados Unidos de América. Sus intenciones son de largo alcance. La política estratégica del Gobierno actual se funda asimismo en falacias. Parece que Washington no desea molestarse en analizar cuidadosamente las transformaciones que se vienen produciendo en nuestro país. No quieren deducir conclusiones prácticas para sí respecto de su política, entregándose, más bien, a presunciones exageradas. Sus relaciones con la URSS se fundan en esas falacias. Desde luego, no resulta difícil prever las consecuencias a largo plazo de semejante política. Una cosa nos es evidente desde ya: a nada positivo conduce ni puede conducir, ni siquiera para los propios Estados Unidos.

Antes de dirigirme a ustedes leí la declaración del Presidente de los Estados Unidos sobre Reykjavik. Es digno de atención el hecho de que el Presidente se atribuye todas las propuestas examinadas. Tal vez esas propuestas resultan tan atractivas para los estadounidenses y para los pueblos del mundo que se pueda recurrir a semejante artimaña. No nos consume la vanidad. Sin embargo, es importante que la gente capte la verdadera imagen de lo sucedido en Reykjavik.

¿Qué vendrá después? Ya he dicho en la conferencia de prensa que los trabajos realizados antes de la reunión y en el propio Reykjavik no serían en vano. Nosotros mismos hemos considerado y reconsiderado mucho en relación con esta reunión. Hemos despejado más el camino hacia la prosecución de la lucha ulterior por la paz y el desarme. Hemos hecho a un lado algunos obstáculos que habían surgido, detalles, pequeñeces y estereotipos, que impedían nuevos enfoques en esta importantísima esfera de nuestra política.

Sabemos qué suelo pisamos y tenemos una visión más clara de nuestras posibilidades. Los preparativos para Reykjavik nos ayudaron a formular una plataforma nueva y audaz que incrementa las posibilidades de un éxito final. Responde a los intereses de nuestro pueblo y de nuestra sociedad en la nueva etapa de su desarrollo social. Responde también a los intereses de todos los demás países y pueblos, por lo que es digna de confianza. Estamos convencidos de que en muchos países del mundo y los más distintos círculos políticos y públicos la acogerán con comprensión.

Pienso que muchas personas en el mundo entero, incluidos los dirigentes investidos de autoridad, pueden y deben deducir importantes conclusiones de la reunión de Reykjavik. Todos deben preguntarse una y otra vez qué es lo que pasa, por qué esfuerzos tan sistemáticos por lograr un adelanto y avanzar hacia un mundo no nuclear, hacia la seguridad universal, no producen los resultados necesarios.

Quisiera que el Presidente tuviese ahora un discernimiento más preciso y cabal del rumbo de nuestro análisis, de las intenciones de la Unión Soviética, de las posibilidades y límites de los ajustes de la posición soviética. Más preciso y cabal porque el Sr. Reagan ha recibido explicaciones directas acerca de nuestras

medidas constructivas en favor de la estabilización y del mejoramiento de la situación internacional.

Desde luego, los dirigentes estadounidenses necesitarán de cierto tiempo.

Somos realistas y reconocemos claramente que problemas sin resolver durante muchos años y aun decenios difícilmente podrán resolverse en una sola sesión. Tenemos bastante experiencia en materia de negociaciones con los Estados Unidos. Sabemos cuán rápidamente puede variar el clima político interno en ese país, cuán poderosos e influyentes son los enemigos de la paz allende el océano. Todo ello no guarda para nosotros ningún elemento desconocido o de sorpresa.

Si no desesperamos, si no cerramos las puertas a las posibilidades de una solución, si no damos rienda suelta a nuestras emociones, aunque sobran motivos para ello, es porque estamos sinceramente convencidos de la necesidad de realizar nuevos esfuerzos encaminados a establecer relaciones internacionales normales en la era nuclear. No queda otra alternativa.

Además, después de Reykjavik, la tristemente célebre iniciativa de defensa estratégica resalta aún más como símbolo de la obstrucción a la paz, como expresión concentrada de los designios militares y de la falta de voluntad de evitar el peligro nuclear que se cierne sobre la humanidad. No se puede concebir de otra forma. Es la lección más importante de la reunión de Reykjavik.

Al recapitular sobre estos días tan colmados de sucesos, quisiera expresar lo siguiente. La reunión fue un acontecimiento importante. Se hizo una reevaluación. Se suscitó una situación cualitativamente nueva. Ya nadie puede seguir actuando como antes. La reunión resultó útil. Allanó las posibilidades de nuevos adelantos, hacia un cambio realmente positivo, siempre que los Estados Unidos adopten, en definitiva, posiciones realistas y dejen a un lado las apreciaciones quiméricas.

Nos convence de la validez de la trayectoria elegida, de la necesidad y el carácter constructivo del nuevo pensamiento político en la era nuclear.

Estamos plétóricos de energía y decisión. Iniciada la reconstrucción, el país ha recorrido ya cierto trecho. Hemos iniciado recién el proceso, pero ya se observan cambios. En nueve meses el aumento de la producción industrial ha sido del 5,2%, la productividad de la mano de obra ha aumentado un 4,3% y los ingresos nacionales aumentaron un 3,7% en comparación con el año anterior. Todos estos índices superan las metas de planificación previstas para el presente año. Esto representa el apoyo más vigoroso de nuestro pueblo, habida cuenta de que todo ello es resultado de su trabajo, y el apoyo más vigoroso a la política del Partido: el apoyo de los hechos.

Esto indica que el trabajo del pueblo en las nuevas circunstancias contribuye a acelerar el fortalecimiento de las posibilidades económicas del país, consolidando así su capacidad de defensa.

El pueblo soviético y sus dirigentes expresan a una sola voz que la política del socialismo puede y debe ser únicamente una política de paz y de desarme. No nos desviaremos del rumbo trazado en el 27° Congreso del PCUS.